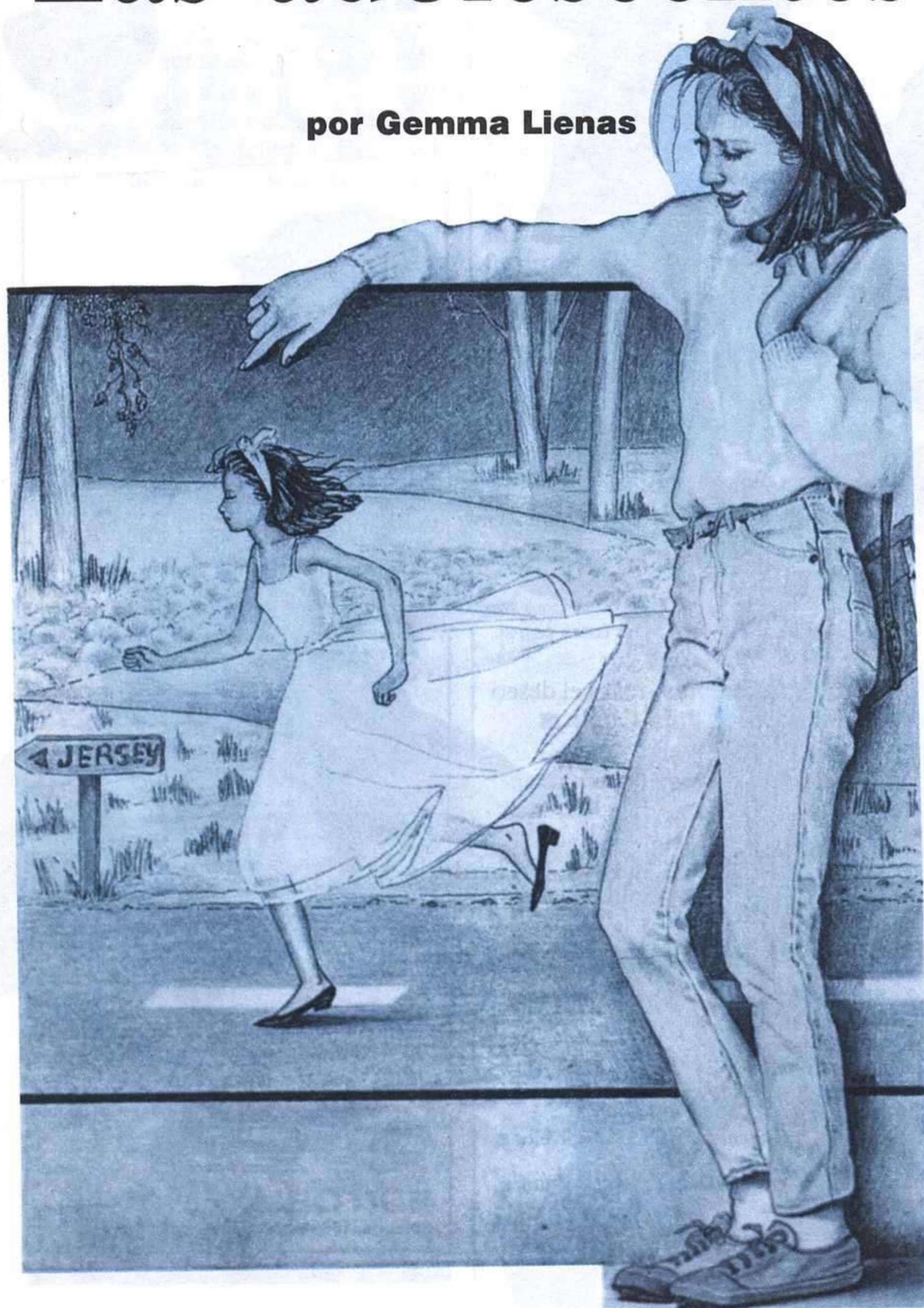


EN TEORÍA

Las adolescentes

por Gemma Lienas

El papel protagonista de las novelas juveniles ha estado reservado siempre al varón, y sólo a partir de la segunda mitad del siglo XX, las chicas comienzan a tener un cierto protagonismo literario. En este artículo, la autora da un repaso a la evolución que, en este sentido, se ha producido en las últimas décadas, y apunta los rasgos que definen a las adolescentes de la literatura juvenil de hoy.



20

ARACELI SANZ.

CLIJ11



MERCÈ ARÀNEGA. LES CARTES DE LA COIA. LA GALERA, 1983.

A lo largo del siglo XIX y hasta la segunda mitad del siglo XX, las adolescentes han jugado un papel secundario, cuando no inexistente, en los libros de literatura para jóvenes.

El protagonismo masculino frente al femenino

Los protagonistas de la literatura juvenil escrita por hombres han sido los muchachos: Dick Sand, el capitán

de quince años, de Jules Verne; Oliver Twist y David Copperfield, de Charles Dickens; Jim Hawkins de R.L. Stevenson; Mowgli, de Rudyard Kipling, etc.

Incluso las escritoras han elegido personajes masculinos para protagonizar sus historias: Nils Holguerson, de Selma Lagerlöf; el pequeño Lord, de F. Hodgson Burnett; Guillermo, de Richmal Crompton; y la mayoría de personajes de la prolífica Enid Blyton.

En medio de este panorama, la novela de Louise May Alcott, *Mujercitas* (1868), cuyas cuatro protagonistas son muchachas adolescentes, constituye un modelo singular.

No es extraño, sin embargo, que ni autoras ni autores se sintieran atraídos por otorgar papeles principales a los personajes femeninos, ya que éstos carecían de alicientes para sustentar toda una novela a su alrededor.

Por un lado el rol que tenía asignado la mujer desde que traspasaba el umbral de la pubertad era la creación de una familia, lo cual suponía dedicar a ello toda la vida puesto que las maternidades se sucedían unas a otras sin muchos descansos. Además, a las mujeres se las privaba de cualquier tipo de instrucción; pocas accedían a la escuela y casi ninguna a la Universidad.

Ese ser atrapado por su propio vientre abultado y por los quehaceres del hogar parece poco interesante desde el punto de vista literario.

Además, las características psicológicas del modelo femenino al uso eran la sumisión, la obediencia, la abnegación, la falta de curiosidad, la dependencia... Desde la más tierna infancia las niñas aprendían el miedo y la necesidad de ser protegidas, mientras que los niños eran educados precisa-

mente en lo contrario. Cuando las niñas aprendían a llorar, a obedecer y a escuchar, los niños aprendían a controlarse, a dominar y a opinar. En definitiva, la mujer era un ser pasivo y débil.

¿Puede alguien pensar en una capitana de quince años, dispuesta a surcar los mares y a luchar contra todo tipo de adversidades, cuyos aprendizajes en la niñez hubieran sido refugiarse en el regazo de su madre al primer chichón, y no aventurarse nunca fuera del jardín de su casa por miedo a contravenir las órdenes de su padre?

Las muchachas no eran aptas para protagonizar aventuras, ni tan siquiera hechos cotidianos, si éstos exigían algo de intrepidez. Las jóvenes, como mucho, eran aptas para protagonizar historias de amor. Eran las heroínas de las nefastas novelas rosa, en las que la historia termina justo cuando empieza la vida de verdad.

En el mundo occidental, en determinados estratos sociales, algo ha cambiado a lo largo de las últimas décadas. El rol femenino se ha modificado notablemente. La mujer dispone, desde la pubertad hasta la muerte, de una larga vida por delante, puesto que su esperanza de vida se ha dilatado hasta más allá de los setenta y cinco años y, además, no está obligada a dedicar mucho tiempo a la maternidad. Este cambio, entre otros, le ha permitido incorporarse al mundo de la instrucción, al del trabajo y a la vida pública. Ello ha supuesto un reto para la mujer, que se ha visto forzada a prescindir de sus miedos y de su necesidad de protección.

Por fin el protagonismo, aunque tradicional, de la mujer

La literatura juvenil de la segunda mitad del siglo XX ha sido uno de estos cambios: las mujeres han salido de la sombra y han adquirido relieve. Las protagonistas de una gran mayoría de novelas juveniles son las adolescentes.



NIEVES RÁZQUIN. UN EMPERADOR EN LA LIBRERÍA. MONTENA, 1988.

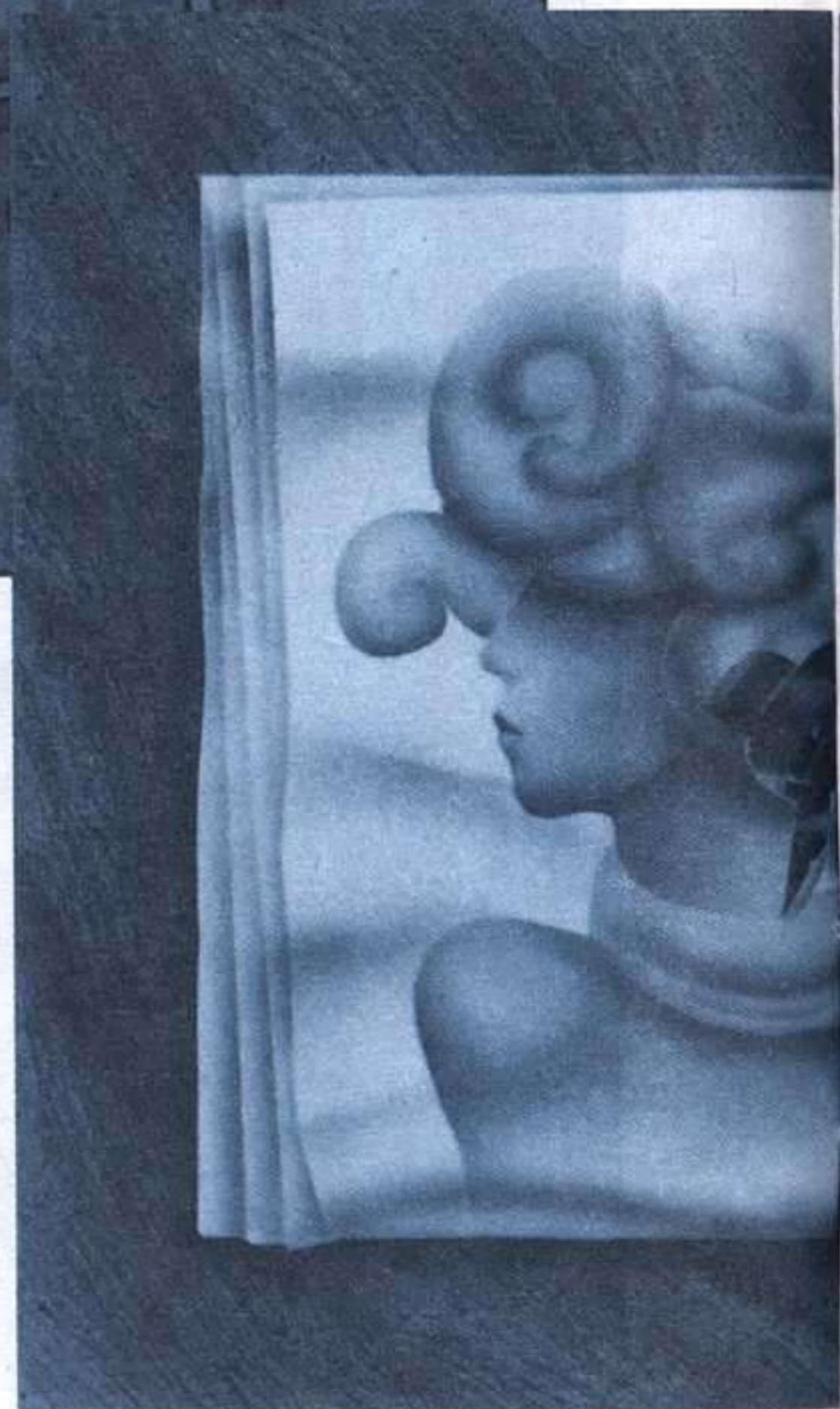
Un análisis comparativo, siquiera superficial, entre el modelo singular antes citado, *Mujercitas*, y algunas de las novelas actuales, permite hacerse cargo del cambio social acaecido.

En la novela de L.M. Alcott, cuyo argumento apenas roza ningún tema que pueda ser de interés para los adolescentes de hoy, sorprenden dos ideas por su modernidad: la del trabajo de la mujer perteneciente a la clase media y la del celibato femenino como posibilidad frente al matrimonio. Ambas ideas obedecen a la formación de la autora, cuyo padre, vinculado a las corrientes educativas progresistas de la época, propició su entrada en la Universidad y que, por otro lado, merced a su precoz carrera literaria, pudo ayudar a su familia cuando ésta tuvo dificultades económicas.

Sin embargo, a pesar de esa cierta

modernidad, el paradigma femenino que se ofrece a través de las protagonistas es el tradicional.

Las cuatro adolescentes viven el trabajo como un deber más que como un derecho, y como un modo de esclavitud más que como una forma de liberación que conduce a la independencia. Y las tareas que desempeñan son las «propias de su sexo»: Meg da



clases a unos niños; Jo cuida de una señora mayor; Beth y Ami se ocupan de la casa. Además, las cuatro se entretienen con la jardinería y los bordados. Todas ellas esperan ser eximidas de su trabajo por medio del matrimonio, aunque no aspiran a casarse a cualquier precio.

Se exige de las cuatro muchachas que sepan comportarse como señoritas, con elegancia y contención, pero sin afectación ni cursilería. Se valora como positivo el saber ser cariñosas, la paciencia, la humildad y la prudencia.

Ante todo ello, Jo, la hermana menor «femenina», expresa su descontento por no haber nacido muchacho,

gos comunes que las separan radicalmente de *Mujercitas*.

Novelas que no son sólo para chicas

En cuanto a las características psicológicas de las protagonistas, el principal rasgo diferenciador es el alejamiento del modelo pasivo, que da como resultado unas adolescentes activas, curiosas intelectual y vitalmente, críticas ante las decisiones y comportamientos de los adultos y, en general, hacia el mundo que las rodea, a la vez que con una buena capacidad para analizar las propias emociones, transmitir los sentimientos y comunicarse con los demás, porque siguen siendo capaces de llorar y de escuchar.

Cuanto a los argumentos, el principal rasgo diferenciador es la aparición de temas que supone un acercamiento a los problemas propios de la edad, con un tratamiento, en general, exento de mojigatería.

Los problemas propios de la edad más a menudo tratados son, entre otros, los primeros contactos sexuales (*Gretchen se preocupa*, de C. Nöstlinger, *Primera avaluació*, de F. Sales); el conflicto generacional (*El tigre de la Mary Plexiglàs*, de M. Obiols, *La caçadora de l'Indianna Jones*, de A. Balzola); los conflictos emocionales propios que acarrear alteraciones con la alimentación (*Chocolate amargo*, de M. Pressler, *Ala de mosca*, de A. Balzola) o alteraciones en la relación con los demás (*La gran Gilly Hopkins*, de K. Paterson); el enamoramiento y la relación con los muchachos (*Un amor d'hivern i un amor d'estiu*, de M.R. Vallribera, *El diari de Júlia*, de C. Nöstlinger); las reacciones ante el divorcio (*Una historia familiar*, de C. Nöstlinger, *Així és la vida*, *Carlota*, de G. Lienas); la preocupación por la muerte (*També es pot morir a la primavera*, de L. Lowry), por la religión (*Las cartas de la Mila*, de F. Sales), por el aborto (*Mònica*, *la de COU*, de O. Vergés), por los es-

tudios y el trabajo (*Camins de boira*, de J. Martín, *Anastasia*, de L. Lowry, *Tot d'un plegat*, de A.G. Winberg), por cuestiones ecológicas (*Una nena amb cara de llebre*, de L. Conti), ante situaciones mundiales de orden político (*El tigre a la vitrina*, de A. Zei, *El barri de la lluna*, de M. Company, *Cuando Hitler robó el conejito rosa*, de J. Kerr), etc.

Otro denominador común de todas estas novelas es el cambio que se ha operado en el entorno familiar (diversos modelos son válidos) y el que han experimentado las madres de las protagonistas (en su mayoría mujeres de una cierta independencia, con una vida profesional al margen de sus actividades familiares).

Este artículo no bastaría para enumerar todas las novelas de las últimas décadas —en gran parte escritas por mujeres— que reflejan los cambios sociales que se van produciendo, y que, en la medida en que constituyen modelos a imitar, también los propician.

Puesto que el lector tiende a identificarse con el personaje protagonista, el lector aprende leyendo. Así pues, aún son precisas más novelas de este tipo, para que las adolescentes, que hasta hace unos años no tenían más remedio que identificarse con personajes masculinos, puedan hacerlo con protagonistas femeninas.

Todavía es preciso aprender nuevos comportamientos, por ejemplo, ser capaces de dar menor importancia al propio aspecto físico y hacerse valorar por el carácter, la personalidad, la inteligencia, etc.

Por supuesto que este tipo de novelas no son «sólo para chicas», sino que son también interesantes para los muchachos, a quienes puede resultarles difícil, en alguna ocasión, identificarse con las protagonistas, porque no están habituados a ello. La lectura de estos libros constituye un aprendizaje hermoso y, a la vez, útil para su vida de hombres en el futuro. ■

* Gemma Lienas es escritora y editora.



MARCELA SPOTTI. RELATOS DE MUJERES (2). EDITORIAL POPULAR, 1988.

por no poder dedicarse a aquello que realmente le apetece: correr, saltar, leer, escribir y mostrar su carácter fuerte. Aun así, ni en ella ni en sus hermanas se aprecia el menor atisbo de crítica hacia el orden establecido; se admite como el único posible.

Las novelas actuales con muchachas como protagonistas, aunque distintas entre sí, presentan ciertos ras-